

Una mañana para ser feliz

A Graciela Tabak

Era una radiante mañana de octubre. Cierta cualidad jubilosa parecía emanar de todo lo existente y la atemperada música de los domingos aquietaba el mundo. Pero Bea, que aún sostenía en la mano los cigarrillos que acababa de comprar (como si no hubiera tenido tiempo o voluntad para realizar el acto mínimo de guardarlos) caminaba apurada. La blusa blanca y el cuerpo delgado la hacían parecer joven, pero su cara llevaba rastros de la devastación que deja una noche sin dormir cuando hace mucho que no se tienen veinte años. Una escena en la vereda la atrapó y con perversidad la obligó a detenerse: una muchacha —¿pasajeramente curada del tembladeral de la adolescencia?— abría los brazos esperando a una nena que efectuaba su primera pequeña caminata. Bea oyó el trino de alegría al llegar a la meta y adivinó el estado de plenitud de la muchacha, su impresión engañosa de que ese instante de sosiego sería eterno. Volvió a caminar muy rápido.

Entró en su casa sin hacer ruido. Estaba cerrando la puerta cuando sonó el teléfono. La incomodó notar que corría a atender con una esperanza totalmente desproporcionada. «Hola», dijo en voz baja.

—Claro, me imaginé que ibas a estar.

La voz chillona le hizo el efecto de un estilete en la nuca.

—Supongo, si no no ibas a llamar, ¿no?

Su madre pareció pasar por alto la ironía.

—Qué picardía, con un domingo tan hermoso. La verdad que Leonardo podía haber estado acá para el fin de semana.

—Ya te dije que ese congreso era muy importante para él. Y San Juan no está a dos cuadras, no sé si te habrás dado cuenta. No puede ir y volver cuando a vos se te antoje.

—Por mí —la pausa fue tan compacta que se podía tocar—. Lo que me da pena es que tengas que quedarte encerrada con un domingo tan hermoso.

—No estoy encerrada, ni sé qué diablos es lo que tiene que darte pena, ni me importa en absoluto que el día sea hermoso —tomó aire—. Y si tuviera ganas de salir, saldría. ¿Está claro?

—Más claro echale agua.

Bea creyó advertir cierta nota de agravio en la voz, pero no tenía voluntad, ninguna voluntad, de decir algo amable. Ni de decir nada en absoluto. Moriremos así, en silencio, pensó con cierto melancólico humor. *Y la nena cómo está.* No, la voz había resurgido con energía renovada.

—...porque la noté un poco tristona el otro día.

—¿Sí? Yo no tuve oportunidad de notarle nada. Ni la vi en los últimos días, si te interesa el dato.

—¿Cómo no la viste? ¿Dónde está? ¿Qué pasa con la nena?

Está asustada; como si el mundo que conoció pudiera saltar en pedazos. Se encogió de hombros. *Que ella arregle su vida: yo ya tengo bastante con la mía.*

—No sé *qué pasa con la nena.* Supongo que le debe parecer sumamente interesante arruinarme la vida. Te diría que viene a ser el único motivo de su existencia.

—Te pregunté dónde está.

La dureza del tono barrió de Bea todo vestigio de piedad.

—En la cama.

—¿Cómo, en la cama? Vos me dijiste que hacía días...

Bea cerró un momento los ojos.

—Está bien, está bien. No quise decir que no la haya visto en todos estos días. Quise decir que para el caso da lo mismo que la haya visto o no. No está nunca, y cuando está se encierra, da portazos, esas cosas.

—Es la edad —dijo la madre—, no sabés lo difícil que es esta edad.

Un pájaro desvaído, apenas visible en la niebla de la memoria, se estrelló contra una muralla y cayó al suelo, agonizante.

—No, no sé.

—Qué dijiste.

Premeditadamente, Bea evocó una escena que quiso juzgar con resentimiento pero que ahora sólo le parecía ridícula: una adolescente de pelo lacio clamando por algo —¿una Navidad que ella quería pasar sola en su casa mientras todos se iban a la fiesta?—, con la desesperación de quien está a punto de ser privado del aire, ante la mujer corpulenta que se agarraba la cabeza y decía con evidente estilo trágico: mientras yo viva, jamás. *Puro teatro.*

—En serio, no entendí qué dijiste.

Se sobresaltó. Estaba segura de que había estado al borde de descubrir algo. Con desgano retomó el hilo.

—Que es realmente maravilloso que te haya llevado nada menos que veinticinco años darte cuenta.

—¿Darme cuenta de qué? Bea, haceme caso, salí. Estás realmente muy nerviosa.

—¡No estoy nerviosa! —gritó. Giró con brusquedad el cuerpo y miró hacia la puerta cerrada del dormitorio de su hija.

—Ves que tengo razón: estás hecha una pila. Y claro, si te quedás encerrada con un día así nada más que porque Leonardo... ¿Y la nena? ¿Por qué duerme con un día tan hermoso? ¿Tuvo alguna fiestita?

Hubo un silencio vigilante; como si las dos aguardaran una explosión que no se produjo. Con inesperada normalidad, Bea dijo:

—No sé qué tuvo. Algo debió tener porque a las nueve de la noche agarró su famosa guitarra y se fue.

—No le preguntaste —dijo la madre con tristeza.

—No, no le pregunté. ¿Y sabés por qué no le pregunté? Porque anteayer a la madrugada sí tuve la mala idea de preguntarle. Y se puso como una fiera. ¿Te parece muy exagerado que quiera saber a dónde va mi hija de quince años a las cinco de la madrugada?

—¿Salió a las cinco de la madrugada? —dijo la madre. Y ahí estaba otra vez su pequeño miedo.

—Salió a las cinco y media, si el matiz te parece revelador. Parece que tenía que ver la salida del sol desde el río. ¡La salida del sol! Como si nunca en su vida hubiese visto una salida de sol. No, esta vez era distinto, dijo. Esta vez había arreglado con no sé qué gente maravillosa para ver desde el principio la salida del sol desde el río. Le dije que era absurdo, que ella había visto miles de veces la salida del sol. En el río, y en el mar, y en la mismísima loma de la mierda.

—¿Le dijiste en la mismísima loma de la mierda? —dijo la madre.

—¡Qué importancia tiene eso! ¡Por qué tendrás que hacer siempre preguntas imbéciles! —esperó, pero ninguna señal vino desde el otro lado de la línea. Consiguió hablar en un tono corriente—. Le dije que era absurdo, ¿está bien así?, absurdo y encima peligroso y entonces, ¿sabés qué hizo? Se puso a llorar. Lloraba y mientras lloraba decía que yo siempre le arruino todo, que todas las cosas que a ella le gusta hacer, yo —se señaló con el dedo—, yo se las arruino. Que iba a ir igual, sí, porque ya había arreglado con esa gente maravillosa, pero que ahora ya no era lo mismo. Que ahora —dudó; lo dijo—, que ahora ya no podría ser feliz.

Una pequeña herida estuvo a punto de reabrirse en algún sitio, pero no lo permitió.

—Así que a la noche, por más que pasó tres veces delante de mis narices con su famosa guitarra... tres veces, ¿te la podés imaginar? Tres veces delante tuyo como provocándote a que le preguntes a dónde va. Con una cara que vos no sabés si se sale de la vaina por contarte algo *importantísimo* que le va a pasar esa noche con la guitarra, o lo único que busca es que le des la oportunidad de zamparte otra vez, bien en el medio de la cara,

que vos no la dejás ser feliz. Así que opté por lo menos arriesgado: no le pregunté nada. ¿Te parece incorrecto?

—La verdad, yo ya no sé lo que es correcto y lo que es incorrecto. ¿Ella sufría?

La pregunta la tomó por sorpresa, y algo en ella estuvo a punto de derribarse. Se golpeó el pecho.

—Yo sufría. —Se sintió impúdica.

La madre suspiró.

—Mi Dios, qué difícil es ser madre.

Casi inaudible, Bea dijo:

—Y ser hija ni te cuento.

¿Había escuchado un ruido? Se puso alerta.

—¿Qué dijiste? —dijo la madre.

¿Fue realmente un ruido? ¿En la habitación de su hija?

—Mamá, tengo que cortarte.

—¿Por qué? ¿Por qué tenés que cortarme tan pronto?

Bea abrió la boca como quien emite un largo grito silencioso. Al fin dijo:

—Estaba ocupada.

—¿En qué estabas ocupada? No me dijiste nada.

—Por Dios, ¿podrías dejarte alguna vez de hacer preguntas estúpidas?

Lo dijo en voz muy baja, como para no ser oída por una persona cercana.

—¿Qué se te dio ahora por hablar con esa voz de carnero degollado?

—dijo la madre, imperturbable.

Bea gritó.

—¡Dejame en paz de una vez! —gritó.

Estoy vieja, le pareció escuchar mientras el auricular se despegaba de su oído. Pero no llegó a verificarlo. Antes de que en ella tomara consistencia el pensamiento, presuntamente incómodo, de que la mujer que estaba al otro lado de la línea tenía tanto miedo de quedarse sola que hasta aceptaría ser humillada con tal de seguir escuchando una voz humana, Bea colgó el teléfono.

Escuchó atentamente, pero ningún sonido venía ahora de la habitación de su hija. La imaginó acechante detrás de la puerta, tomándose el trabajo de moverse con el sigilo de un gato sólo para lastimarla a ella.

Lo más sencillo le hubiese resultado detestarla, pero decidió con adultez que alguien tenía que dar el primer paso para la reconciliación. Tomó aire y dijo:

—¿Ya te despertaste?

Esperó.

—¿Ya te despertaste?

Esta vez el silencio atronó como una declaración de guerra.

—¡Estoy absolutamente harta de vos! —gritó como quien abre una esclusa.

Y entró en la pieza.

Ahí estaban: la cama deshecha, la mesita atiborrada de cosas inservibles, ropa tirada por cualquier parte, la guitarra, sin la funda, abandonada en el suelo. Y la ventana, exhibiendo inútilmente su sol y su alegría.

Bea miró con desamparo a su alrededor. No oyó un golpe como de puerta: tanteaba objetos como quien busca algo perdido. Abrió sin ilusiones una libreta con pequeños dibujos en la tapa. «Caras hostiles», leyó al azar. Volvió atrás. «Ella venía de un mundo fantástico y traía una rosa. La llevó a su casa, pero allí sólo vio caras hostiles. Rodeando la mesa no había nadie para recibir su regalo».

¡Farsante!, pensó con una violencia que la tomó por sorpresa. ¿Cuándo trajiste una rosa a casa, vos? ¡Farsante!

—¿Qué hacés con eso?

Se dio vuelta hacia la voz, muy lentamente, como si creyera que la ausencia de movimiento podía despojar de realidad a lo que sucedía.

Pero la adolescente estaba ahí, y la observaba con desprecio a través del pelo enrulado.

—Así que ahora también me espías —dijo con dramatismo—. Era lo único que te faltaba.

Bea sintió que se estaba cometiendo una injusticia imperdonable con ella. Se tuvo piedad.

—¿Y vos? —gritó—. ¿Vos que aprovechás cuando yo salgo a comprar cigarrillos para huir como una ladrona? ¿Sabés lo que sos vos? ¡Una farsante!

¿Fue la reiteración de la palabra «farsante»? ¿O la excesiva teatralidad de la mirada de desprecio que tenía ante sí? ¿O su propia teatralidad de recién, que aún seguía resonando en sus oídos como si fuera ajena? El hecho es que fugazmente supo esto: para la adolescente de pelo lacio la escena —cómicamente teatral— evocada un rato antes debió haber sido tan arrolladora como la vida. Ya que los excesos del melodrama, o el sueño de asistir desde una desdeñosa soledad a las luminarias de una fiesta, no eran sino modos furtivos de paladear esa vida hasta el fondo de la copa. De modo que, por segunda vez esa mañana, estuvo a punto de comprender la desmesura del odio de su hija. Y la intempestiva sed de vivir que la había hecho escapar de su casa para beberse el sol. Y también su propia imperiosa necesidad de aullar, y su desmedido deseo, y el de otra gente, de ser inalcanzablemente felices bajo el cielo diáfano de octubre.

Entonces sonó el teléfono.

Bea corrió a atender con el corazón otra vez arrasado por la esperanza.

—¿Ya se despertó la nena?

Algo en su interior se desplomó.

—¡Si acabamos de cortar!

—No me grites —dijo la madre—. ¿Te creés que yo no tengo sentimientos?
—¡No me importan tus sentimientos! —gritó Bea—. ¡No me importan tus sentimientos ni los de absolutamente nadie en el mundo!

Escuchó el portazo como una lápida y miró solapadamente por la ventana un fragmento del perdido cielo azul. *Hablame, hablame*, alcanzó a oír antes de cortar, como se oiría al último sobreviviente en la abisal noche del mundo. Después bajó todas las persianas y se puso a llorar por la hermosa e inagotable vida derramada.

Liliana Heker

